

Lima, 04 de noviembre del 2,015

Señores  
**TRIBUNAL DE ETICA DE LA PRENSA PERUANA**  
Presente

Atención: Sra. Kela León – Secretaria Ejecutiva

Referencia: **Queja contra los artículos de Jaime Bayly publicados en el diario Perú21.**

Estimada Sra. León:

Por medio de la presente, me es grato saludarla y presentarle una queja por el contenido de los artículos de Jaime Bayly que publica el diario Perú21.

No tenía conocimiento de la existencia del Tribunal de Ética hasta que vi la publicación de la Resolución N° 002-TE/2015 en el diario Perú21, en su edición del 30 de abril. Caso contrario, hace mucho tiempo hubiera presentado quejas contra los artículos perversos de Jaime Bayly que son publicados con total desparpajo y desprecio por la moral y las buenas costumbres en Perú21. Lo peor: son publicadas en una página completa, como si fuera algo muy importante y que a los lectores les fuera a ser beneficioso.

En esta ocasión me refiero al artículo titulado “Siempre una adicta” en el que **el autor escribe sobre su adicción al pene**, explayándose de la manera más vulgar y perversa que puede existir sobre dicha adicción. Describe situaciones y momentos que solo pueden generarse en una mente enferma.

Adjunto escaneado el artículo de Jaime Bayly publicado el día lunes 26 de octubre pasado.

Considero que el asqueroso escrito de este pseudo escritor contiene información apta solo para público adulto y no debe estar al alcance de menores de edad, ya que se trata de un escrito publicado en un diario de circulación nacional.

Anteriormente, el mismo autor había publicado otro artículo igual o más impertinente, inoportuno, producto de una mente enferma, el día 1 de setiembre del 2014, en el que, entre otras barbaridades, **dice: “Soy gay porque prefiero en mi boca el sexo de un hombre que el de una mujer”**.

Denuncie esto al Sr. Carlos Basombrío, Defensor del Lector, quien se excusó de tomar alguna medida porque, según mencionó en un correo que me envió, “no tiene autoridad sobre lo que publican los columnistas”, pero creo que sí podría hacer algo, asumiendo la defensa del lector menor de edad, considerando que es un hecho que las perversiones que escribe Jaime Bayly no son aptas para lectores menores de edad.

*Adjunto escaneado el artículo de Jaime Bayly publicado el día lunes 1 de setiembre del 2,014.*

*Lo que espero de esta queja es que Peru21 reciba un severo llamado de atención del Tribunal de Ética, que Peru21 revise los contenidos de los artículos que escribe Jaime Bayly y por respeto a los lectores adultos y menores de edad, evite publicarlos cuando sean agraviantes, aberrantes o que puedan provocar desorientación en las mentes en formación de los menores de edad.*

*No puede ser posible que las porquerías que escribe este individuo estén al alcance de los menores de edad.*

*Los días lunes, cuando aparecen los artículos, tengo que esconder el diario para que mis hijos menores no los lean.*

*Lo peor de todo es que parece que al Director del diario Peru21 no le disgustan las porquerías que escribe Bayly, ya que no voy a creer que no lee lo que publica su diario.*

*Espero que el diario Peru21 recupere la seriedad que tuvo hasta antes de publicar los lamentables artículos del seudo escritor Jaime Bayly y no se convierta en un vulgar pasquín con publicaciones dignas de un diario de última categoría.*

*Agradeciendo su atención, quedo de Ustedes.*

*Atentamente,*

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'José Luis Salas Arancivia', written in a cursive style with a prominent vertical stroke.

*José Luis Salas Arancivia  
D.N.I. 08784384  
Calle Pedro de Candia 381, Santiago de Surco  
Teléfonos: 652-9623, 998-275-484, 998-275-484*

# UN HOMBRE EN LA LUNA

JAIME BAYLY // <http://goo.gl/jeHNR>

## SALIR DEL CLÓSET

Lunes 1 de septiembre del 2014

Soy padre biológico de tres hijas. Me he casado dos veces con dos mujeres. Estoy casado con la madre de mi hija menor. Soy gay.

Puedo hacer el amor con una mujer. He hecho el amor con un número incierto de mujeres en los últimos treinta años. No por eso dejo de ser gay. Soy gay porque me gusta más hacer el amor con un hombre. Soy gay porque cuando hago el amor con una mujer echo de menos a un hombre. Soy gay porque prefiero en mi boca el sexo de un hombre que el de una mujer. Eso define con nitidez exactamente mi identidad sexual.

Podría decir que soy bisexual y no sentiría que estoy mintiendo. En un plano operativo o funcional, soy bisexual en la medida en que he podido tener relaciones sexuales razonablemente felices, de amor, con una mujer y con un hombre. En un plano intelectual, soy gay. Lo soy porque ahora mismo estoy casado y vivo con mi esposa y mi hija y, aunque las amo, fantaseo con volver a enamorarme de un hombre y creo que cuando hago el amor con un hombre soy más feliz y estoy más tranquilo.

Mi vida sentimental y sexual ha sido un desastre. No tengo amigos. Todas las personas con las que he tenido relaciones sexuales me odian o prefieren no verme y con seguridad quisieran que esté muerto. He dejado tristeza, rencor y enemistades a mi paso. Mi vida es un fracaso si la mido por las personas que me quieren. En este

“En un plano intelectual, soy gay. Lo soy porque ahora mismo estoy casado y vivo con mi esposa y mi hija y, aunque las amo, fantaseo con volver a enamorarme de un hombre”.

momento solo me quieren mi esposa y mi hija menor y a ellas me aferro como un náufrago a una balsa. Temo hundirlas conmigo.

Mi primera esposa me odia. Le he dado buenas razones para odiarme. La he humillado en privado y en público. Le he comprado una casa, se la he regalado (aunque tomando la precaución de inscribirla a mi nombre) y luego la he echado de ella. Hace cuatro años que no la veo. No quiero verla. Nuestro amor ha terminado en una guerra. Nos hemos traicionado mutuamente. Ya no hay nada de qué hablar. Lo mejor es dejarnos en paz, aunque no sé si eso se puede.

Hace más de cuatro años no veo a mis dos hijas mayores. Las tuve con mi primera esposa. Ambos fueron embarazos accidentales, fortuitos, no deseados. Esos embarazos trajeron angustia y desolación a mi vida. No quería ser padre. Sabía que era

gay, sabía que esa mujer embarazada estaba porfiadamente enamorada de mí, sabía que todo terminaría mal. Todo terminó mal. No estaba equivocado. Esa mujer no debió enamorarse de mí, debió entender que yo era gay. Yo no debía confundirla, estimular sus expectativas amorosas, debí replegar y evitar todo contacto sexual con ella. No supe, no pude, la confundí, nos confundimos juntos. Ahora somos enemigos. Tenemos dos hijas de veintiún y diecisiete años. Nuestras hijas están con ella y contra mí. No quieren verme. Me consideran un traidor. Han tomado partido por su madre. Cuando eché a su madre de la casa, también las eché a ellas y no me lo perdonan y probablemente no me lo perdonarán. Estoy resignado a la idea de no verlas más. Es una idea descorazonadora. Me hace sentir un frac-

“Pero no estoy feliz. Quisiera estar en otra parte y ya no puedo irme a otra parte. A mi esposa y mi hija menor no puedo traicionarlas, aunque el precio de esa lealtad sea mi callada apatía”.

sado. No debí echarlas de la casa que les había regalado. Pero fue un momento de cólera y ofuscación y destruí la precaria armonía con mi primera esposa y mis dos hijas mayores. Lo que ahora recordamos no son los momentos más o menos felices que compartimos durante muchos años, dieciséis, sino el momento funesto en el que les declaré públicamente la guerra y las humillé. No hay

vuelta atrás. Es un punto sin retorno.

Mis amores con los hombres han sido todos claudios y contrariados y me han dejado un sabor amargo, salvo el último. He tenido relaciones sexuales con un puñado de hombres. No son más de seis. Todos ellos ahora me odian y seguramente negarían en privado y en público que fueron mis amantes. Han sido amores destruidos por la culpa y el secreto y la vergüenza. No han sido amores, han sido promesas rotas de amores incumplidos. Quise amar a esos hombres y me entregué a ellos pero ninguno quiso corresponderme y todos se alejaron de mí por una razón o por otra, probablemente porque no me amaban tanto como yo a ellos.

Solo he amado tranquilamente a un hombre. Era argentino. Era bastante menor que yo, trece años menor que yo. Podía ser mi hermano menor. Fui feliz con él. Fue mi novio, mi compañero, mi amante en privado y en público. Pudimos habernos casado pero la ley no nos lo permitía en su país de origen ni en el mío ni en los Estados Unidos, donde yo vivía con él o esperándolo. Fue un amor tranquilo y feliz que duró ocho años. Esos ocho años no quise estar con nadie más, solo con él. Hasta que conocí a Silvia, mi esposa, la madre de mi hija menor. Me enamoré de ella, me alejé de mi novio, lo dejé, lo abandoné, lo traicioné, él me traicionó. Ahora me odia y yo





# UN HOMBRE EN LA LUNA

JAIME BAYLY // <http://goo.gl/jeHNR>

Escanea el código QR para más información



## SIEMPRE UNA ADICTA

Por razones de trabajo, tuve que viajar a Houston, siguiendo instrucciones de mis jefes del canal La Poderosa de Miami, para dar una conferencia titulada "Cómo vencer tu adicción al pene", pues mi programa tiene mucha sintonía en Houston y la comunidad latina me reclamaba con entusiasmo.

Yo he sido adicta al pene toda mi vida, desde muy joven, cuando estudiaba en el colegio Villa María de Lima, y luego como estudiante de psicología en la Unifé, y no es por jactancia o aspaviento, pero pocas mujeres conocen tanto al pene y sus peligros y ramificaciones como yo. Me considero una experta, una gurú en la materia. He jugado con muchos penes, les he puesto nombres, apodos, les he hablado con cariño y familiaridad (no siempre en español), me han dado muchas horas de placer, he llegado a amigarme tanto con ciertos penes que a sus titulares no les hablaba y a ellos sí, y a mi edad, cincuenta años, puedo decir modestamente que soy una ex adicta, he superado mi dependencia compulsiva, ahora me contento con uno solo, el de mi esposo Silvio, que es dos décadas menor que yo y me cumple de maravillas, tanto que yo no necesito salir a la calle a buscar otros.

El problema de ser adicta al pene es que uno lleva a otro y a otro y a otro, y ya ninguno te basta, te satisface, y haces tuya la superstición de que siempre habrá uno

"En mis peores épocas de adicta, yo era prisionera de una enfermedad terrible, muy dolorosa, que me laceraba la piel y el alma".

mejor, insuperable, esperando complacerte; otro problema es que, cuando conoces tantos, es inevitable compararlos, cotejar sus bríos y sus fuelles, y algunos te parecen amigables pero no suficientemente rendidores, y los das de baja, sin decirles a sus titulares o poseedores por qué te alejas de ellos, tampoco se trata de ser una malcriada, pero el problema más delicado es que la necesidad o urgencia de saturar tus orificios con un pene gallardo, enhiesto, peleón, puede asaltarte en cualquier momento, en la circunstancia más inoportuna, por ejemplo, cuando estás trabajando en la televisión, o durmiendo al lado de tu marido, o comprando baratijas en tiendas de descuento, o almorzando en el cafetín cubano, y en esos casos la adicción se manifiesta en forma rotunda, y no hay manera de controlarla, y en verdad te esclaviza, y tienes que meterte en líos para conseguir un pene servicial que en apenas diez minutos te calme la ansiedad y te deje saciada, serena.

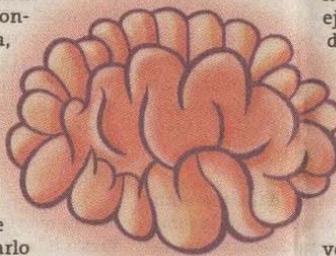
Algunas televidentes de Houston me preguntaron si la adicción al pene podía curarse con juguetes eróticos que sustituyan a ese bendito animalito que tanto placer me ha dado, y yo me debo a mi público y por eso no pude mentirles: no, ningún consolador,

vibrador, adminículo de jebe o anillo mágico o rosario de madreperlas podrá estar nunca a la altura de un auténtico pene americano, siempre que el portador, claro, sepa usarlo, porque hay tipos con grandes colgajos que son unos inútiles y te dejan insatisfecha, y hay idiotas con porongas normales que, sin embargo, puestos a dar combate, se agigantan y resultan unos atletas sexuales y te llevan al éxtasis puro. Yo he tenido maridos inteligentes (Sandro) que no sabían chancarme bien y en consecuencia agravaban mi adicción y la hacían parecer incurable; maridos brutos y presumidos (Osvaldo, el argentino, del que colgaba una anaconda) que eran de muy escasa inventiva y me aburrían de tanto repetir las gimnasias eróticas; y ahora tengo un marido delicioso (Silvio, qué pedazo de choripán), gracias al cual he superado mi adicción, pues me tiene tan satisfecha y ahíta de placer que no necesito salir a buscar en la calle lo que encuentro de sobra en el lecho conyugal.

En mis peores épocas de adicta, yo era prisionera de una enfermedad terrible, muy dolorosa, que me laceraba la piel y el alma: la envidia del pene. Ella se manifiesta soterrada y crecientemente, a sol y sombra, llueve o truene, y no consiste en querer ser hombre, pues una está contenta siendo hembra, pero es tal la necesidad de comerse un pene doblado, al dente, en carpa, en el momento más insólito, que quisieras tener uno a mano, como parte de tu equipaje, para usarlo en caso de emergencia,

"Háblale, ponle un nombre, dile un apodo cariñoso, no lo agites o sacudas o fricciones como si fuera tu empleado doméstico".

como un extinguidor para apagar el fuego o un inhalador para calmar un ataque de asma. Vaya si habré envidiado penes, decenas de ellos: principalmente, si me pongo memoriosa, uno que era épico y poseía textura de héroe y cuando salía a dar batalla parecía que iba montando a caballo, el de Sebastián, el actor; y otro que era bello y radiante y embriagador como ver un arcoiris, el pistolón fogoso de mi viejo amigo y colega locutor Meme Salcedo, que me dejó horadada como un túnel los años que fuimos compañeros en Radio Oxi-geno de Lima. Mi terapeuta, que por supuesto me ha enseñado su dotación aunque me prohíbe tocarla, me asegura que he superado mi etapa de envidia furibunda del pene, y debe de ser verdad porque ya no me gusta ponerme un cinturón poronguero y cogerme a Silvio, como machucaba otrora a mis maridos Sandro y Osvaldo, en mi época de adicta y envidiosa.



No por haberme curado, sin embargo, dejo de ser una adicta latente: siempre lo seré. Parte de la terapia consiste en reconocer eso mismo, que una adicta al pene lo será toda su vida, e incluso probablemente en la vida eterna, si hay penes en el cielo, si los ángeles vienen con sorpresa, que ojalá. Esto lo dije en mi conferencia en Houston, y noté rostros compungidos, de preocupación, entre mis seguidoras: que cuando el pene ha sido una droga, un vicio, una forma de azúcar morena que inocular en tu sangre, siempre serás adicta, aunque ahora te contentes con uno solo, como es felizmente mi caso. ¿Crees que ya estás a salvo de una tentación súbita, inopinada? ¿Que ya no harías locuras, imprudencias, disparates para adherir tus carnes a un florete picarón? ¿Que nunca más le pedirás a un extraño que te permita un momento de entretención o esparcimiento con su mascota colgante? ¿Estás segura de que ya no eres una perra en celo y ahora estás domesticada? No, hija, no te engañes: siempre serás una perra, siempre estarás tentada de recaer, siempre pensarás en un pene hechicero cuando estés aburrida, escuchando

a un cura dando un sermón o a un político prometiendo el paraíso o a tu marido roncando. Yo, por ejemplo, al día siguiente de mi conferencia, fui con Silvio a pasear por Galería Mall, donde están las mejores tiendas de Houston, y si bien no compré nada porque estaba corta de fondos, sí me permití el desahogo de que, cada vez que un peruano o un venezolano o un mexi-

cano me reconocía por mi trabajo en La Poderosa y me pedía una foto, no le negaba mi rostro, me avenía a los retratos con gran simpatía, y cuando ellos, tan bobos, tomaban las fotos, yo les sobaba apenas la entrepierna para ver cómo venían dotados, cuánto bulto escondían, de qué calibre era su pistola, todo por supuesto sin que Silvio se diese cuenta, como una caricia casual, accidental, y por suerte los fanáticos que ausculté venían menos aventajados que mi Silvio, o al menos esa fue mi impresión.

Quise cerrar mi conferencia en Houston con una idea-fuerza, el eje de la ponencia, la columna de mi disertación: aprende a ser amiga del pene, háblale, ponle un nombre, dile un apodo cariñoso, no lo agites o sacudas o fricciones como si fuera tu empleado doméstico, tu criado todoterreno, no: siempre que puedas, háblale bonito, despacio, con afecto y hasta reverencia, y verás que poco a poco se va encariñando de tu voz, tus palabras almibaradas, y con solo hablarle te ganará su

amistad y luego te cumplirá encantado porque no sentirá que abusas de él. No pierdas tu tiempo, hija mía, hablando con el portador del pene, los hombres son casi todos unos tarados, háblale bonito al pene y verás cómo te cambia la vida. Yo al de Silvio le digo Pipiolo, Pipiolito, y él me sigue embelesado como girasol al Sol, y cuando le hablo muy de cerca, juro que me sonrío.